

ALBERTO DE LA TORRE GARCÍA
JORGE CONDE VIÉITEZ

EL DESAFÍO DEL CAMBIO TECNOLÓGICO

HACIA UNA NUEVA
ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO



PRESENTACIÓN

La tecnología, en tanto que condensación del pensar y del hacer, de la teoría y la práctica, como expresión del modo en que en un momento dado el hombre mediatiza sus relaciones con su entorno, y consigo mismo, es aparentemente el factor más irresistible en la producción de cambio y en el cambio de la producción. La aplicación innovadora de distintas energías para la solución más eficiente de los problemas que se le presentan al hombre en la realización de sus deseos y propósitos específicos, no sólo modifica las secuencias de los actos instrumentales concretos implicados en la consecución de esos deseos y objetivos, sino que, en sus consecuencias no previstas, acaba modificando cómo se estructura y organiza el mundo de la vida en su totalidad.

Ciertamente esa determinación tecnológica no tiene el carácter de fatalidad necesaria que algunos le adscriben; pero en las condiciones históricas actuales parece difícil sustraerse a las leyes de su difusión, asimilación y uso, so pena de quedar en desventaja respecto de quienes las generan y, con prontitud, las incorporan en la acción productiva, y en los productos resultado de ella.

Desde una perspectiva genérica la tecnología está vinculada a la idea de mejora, de progreso y avance en la resolución eficaz de problemas y, por tanto, de un incremento en la capacidad adaptativa. Hoy es producto de una racionalidad a la que, a su vez, refuerza y consolida. Inscrita en las condiciones histórico-concretas del presente, la tecnología adquiere toda la ambivalencia de lo que se constituye en la acción humana. Es ésta —la acción humana— la que le confiere sentido, la que se oculta detrás del aparente fatalismo del desarrollo tecnológico, la que puede revelarnos, en última instancia, si la pretensión de conocimiento nos ha hecho olvidar ya cualquier otra finalidad que no sea el incremento de poder. Porque es en la inmersión irreflexiva en esa lógica del poder donde la tecnología ha adquirido sus perfiles más siniestros, la perversión de sus fines adaptativos en amenazas y riesgos letales para la vida misma.

En un plano menos abstracto, la introducción de las nuevas tecnologías en la organización del proceso productivo ha supuesto lo que se ha venido en llamar la tercera revolución industrial, un auténtico cambio revolucionario en el *sistema técnico* predominante, capaz ya no sólo de modificar sustancialmente las formas de organización del trabajo, sino de los modos de organización de la vida humana en general. A ese cambio podemos asistir pasiva y espontáneamente, acomodándonos reactivamente *ex post facto* ante la ineludibilidad de los hechos consumados o, por el contrario, esforzándonos por estar a la altura de las circunstancias, en el nivel del tiempo histórico que nos ha tocado vivir, procurando entenderlo en las raíces mismas de su gestación, comprender la mentalidad que ha hecho posible su origen, los motivos y fuerzas sociales interesadas en su difusión, la valoración de las consecuencias de su adopción y de las estrategias posibles para ello. Es, sin duda, esa exigencia de entender el cambio social y de intentar conducirlo bajo cierto control una de las razones principales que explican el surgimiento y desarrollo de las ciencias sociales mismas, y que hoy, debido a su aceleración, complejidad y extensión global, se hace más necesaria que nunca. Una exigencia para cualquier nivel de subjetividad social: de las personas, como sujetos individuales, a los gobiernos e instituciones supranacionales, pasando por las organizaciones intermedias.

Nuestras sociedades, que son llamadas del conocimiento y de la información, lo son por las tecnologías que permiten su procesamiento, acumulación y difusión. Pero lo son también por su mayor necesidad y urgencia ante las incertidumbres provocadas por los acelerados cambios tecnológicos mismos. El rápido envejecimiento del saber y del saber hacer obliga a mantener una actitud permanentemente orientada a la investigación, al descubrimiento y prueba de nuevos procedimientos más eficaces o económicos, a desarrollar disposiciones personales y dispositivos organizativos que permitan hacerse cargo del sentido de esos cambios, y responder *flexiblemente* a ellos. Flexibilidad organizativa y estructural, pero también en las actitudes, en el desarrollo de un talante abierto a la innovación; flexibilidad incluso a la hora de establecer metas u objetivos, que es tanto como expandir la democracia al campo de la producción.

Son muchas las posibilidades que las nuevas tecnologías ofrecen para un ensanchamiento de la libertad, cooperación y solidari-

dad humanas, pero ése no será necesariamente el resultado de su adopción más o menos generalizada en la organización de los procesos de trabajo, o en cualquier otro ámbito de la vida. Inscritas sólo en el marco de valores tradicionales y todavía hegemónicos de nuestras sociedades, más bien conducirían a una intensificación de la competición y del conflicto, en muchos casos destructivo, y a un control y manipulación más sutiles de la conducta de los ciudadanos. En principio, las nuevas tecnologías han contribuido a una sensible reducción de los puestos de trabajo en muchos sectores de la economía, siendo consideradas como una de las causas más importantes del aumento de las cifras de desempleo y del temor de los trabajadores de verse incluidos en ellas, con la consiguiente inseguridad y malestar psicológico derivado de tales circunstancias. No es necesario aceptar las visiones tremendistas de quienes vienen augurando el fin del trabajo —como otros auguran el fin de la historia o de la ciencia— para poder señalar esas visibles tensiones sociales y personales. Incluso aceptando la tesis de Castells de que a medio y largo plazo son los sectores que introducen nuevas tecnologías los que más empleo acaban creando, conviene no olvidar las experiencias personales de quienes se ven implicados en los reajustes y reconversiones que se producen en esos procesos de cambio tecnológico, al que se ven obligados a asistir sin voz ni voto, y en muchas ocasiones para ser excluidos sin más explicación que la invocación de las leyes del mercado.

El texto de los profesores De la Torre García y Conde Viéitez viene justamente a mostrar, desde una minuciosa indagación empírica, la pertinencia y necesidad de trascender las limitaciones de una perspectiva económico-objetivista, al subrayar las dimensiones psicosociológicas en su análisis del cambio tecnológico y el empleo. Es decir, al tomar en seria consideración la voz de todos los actores que participan en el proceso, revelando sus vivencias, intereses y sentimientos diferenciales y las distintas perspectivas que desde ellas se configuran para abordar, en las situaciones concretas, las consecuencias derivadas de la introducción de nuevas tecnologías en los procesos de trabajo. Sus datos ponen de relieve la tensión esencial: la fuerza de trabajo está constituida por personas que se resisten a ser disminuidas en su condición de tales en el proceso productivo. Desde esta constatación, y en línea con abundantísima bibliografía al respecto, es posible deducir todo un conjunto de proposiciones orientativas a la hora de introducir cam-

bios tecnológicos o de cualquier otro tipo, en las organizaciones. El lector se encuentra, pues, ante una sólida y cuidadosa investigación que no dudaría en calificar de básica por la profundidad de las reflexiones y análisis que acompañan al estudio empírico, pero que, a la vez, tiene una clara dimensión práctico aplicada, que será especialmente útil para aquellos profesionales que tengan que habérselas con la introducción de procesos de cambio.

No es menester insistir en que las cuestiones que giran en torno al trabajo y su escasez, como consecuencia de la revolución tecnológica a la que estamos asistiendo, constituyen uno de los núcleos duros del debate ideológico y político actual. En este sentido la obra de los profesores De la Torre García y Conde Viéitez nos proporciona evidencia pertinente y esclarecedora para ese debate, marcando un camino que debería proseguirse en ulteriores investigaciones, si queremos que la mera confrontación ideológica pueda reconducirse a una racionalidad científico-social que, sin escudarse en la neutralidad axiológica, pueda exhibir mayor rigor conceptual y empírico, y una mayor sensibilidad ética a la hora de pronunciarse o tener que intervenir en dichas confrontaciones.

Más allá, pues, de su estricto valor académico, estamos ante un texto que nos invita a entrar en uno de los debates más vivos de la actualidad, y que nos conciernen no sólo como investigadores y/o profesionales sino como ciudadanos, como miembros de la *polis*, de la comunidad política. Son dimensiones todas ellas que los más convencionales enfoques sobre *recursos humanos* van a tener que afrontar muy pronto, en la línea señalada con sabia sensibilidad en este libro.

JOSÉ RAMÓN TORREGROSA PERIS
Catedrático de Psicología Social,
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología,
Universidad Complutense de Madrid